

ALMIRÓN, Nuria; COLE, Matthew; and FREEMAN, Carrie P. (Eds., 2016): *Critical Animal and Media Studies. Communication for Nonhuman Animal Advocacy*. New York, Routledge, 310 páginas.

Nuria Almirón, Matthew Cole y Carrie P. Freeman, presentan la primera antología en la que convergen los Estudios Críticos de los Medios (*Critical Media Studies*) con los Estudios Críticos Animales (*Critical Animal Studies*). La crítica de los medios, tradicionalmente se ha limitado a temas de género, etnicidad, sexualidad y lenguaje, pero desde una perspectiva notablemente antropocéntrica. A la denuncia de los medios como fabricantes de consensos que legitiman la opresión entre humanos le faltaba la perspectiva crítica con el especismo, que es otro de los discursos a través de las que se articula la opresión. De ahí que esta obra, en la que ambas perspectivas se fusionan, pueda tomarse como la inauguración del subcampo de los Estudios Críticos Animales y de Medios (*Critical Animal and Media Studies*).

El texto tiene tres grandes objetivos –teórico, empírico y práctico–, cada uno de los cuales puede identificarse con una de sus tres secciones principales.

El primer objetivo –sección I– es fundamentar teóricamente los Estudios Críticos Animales y de Medios como una disciplina necesaria y perfectamente coherente con la tradición crítica. Al igual que las diferentes dominaciones entre humanos, la dominación humana sobre los demás animales es legitimada por los medios que directa o indirectamente crean las condiciones sociales para su aceptabilidad. En el primer capítulo, Debra Merskin, pone de manifiesto la interseccionalidad de la crítica animalista con las críticas aplicadas en los estudios críticos de género, raza, etnia, sexualidad, edad o discapacidad. En el segundo capítulo, Núria Almirón desvela la economía política de los medios de comunicación. Las grandes empresas agroalimentarias presionan a los medios para que creen un discurso favorable al consumo de carne, leche y huevos, tal y como en su día hicieron para fomentar el consumo de tabaco o para poner en duda el consenso científico sobre el cambio climático.

En el tercer capítulo de la primera sección, Nik Taylor denuncia que en los medios la representación de la violencia humana sobre otros animales es escasa y complaciente con el especismo, de tal forma que, cuando aparece, lejos de cuestionar nuestra dominación antropocéntrica, evita que lo hagamos. En el cuarto capítulo, Carol J. Adams presenta una visión de su influyente trabajo sobre misoginia y especismo, explicando cómo los medios privan al espectador de la mirada que permite ver al otro –a la mujer y al animal no humano– que hay detrás de la cosificación, de la fragmentación y del consumo de sus cuerpos. La primera sección se cierra con un impactante texto en el que David A. Nibert reflexiona sobre las causas materiales de la opresión sobre otros animales, y afirma que no hay base biológica para ella, sino que es una conducta aprendida durante el proceso de socialización en el que los medios juegan un papel fundamental. También presenta un recorrido histórico sobre cómo la ética de las sociedades cazadoras, respetuosa con los demás animales, dio paso a una sociedad en la que el poder y la jerarquía dependían en última instancia de la capacidad del hombre para matar y ejercer la violencia sobre otros animales humanos y no humanos.

La segunda sección tiene por objetivo analizar empíricamente las representaciones en los medios de masas de los animales no humanos y de su relación con los humanos. Su capítulo inicial, a cargo de Joan Dunayer, analiza 191 textos en periódicos estadounidenses escritos por representantes de organizaciones defensoras de los animales. Dunayer concluye que la mayoría de ellos perpetúan el especismo debido a un uso inadecuado del lenguaje. Tras él, Matthew Cole denuncia la pérdida de la ética animalista en algunas corrientes ecologistas, y defiende la interseccionalidad de ambas luchas –en defensa de los animales y en defensa del medio ambiente– para superar el supremacismo humano. A partir de tres fuentes de renombre en el ecologismo británico, Cole critica que la defensa de la ‘carne verde’ niega el significado ético de la explotación animal como tal, y reclama que la ética vegana sea incorporada como parte irrenunciable del movimiento ecologista.

En el octavo capítulo, Kate Stewart y Matthew Cole, muestran la precariedad de nuestra tolerancia hacia los animales. Su estudio muestra cómo la prensa británica cambió su representación de los zorros urbanos después de que uno entrase en una casa y atacase a dos niñas. El discurso mediático del zorro urbano como un animal sucio, que invade hogares y ataca a niños o a los animales que viven con los hombres, permite a los humanos percibirse a sí mismos como protectores en vez de como explotadores. En el noveno capítulo, Emily Plec observa cómo se conectan racismo y especismo en los medios de masas contemporáneos cuando enfrentan al hombre contra el guepardo, participando así en la deshumanización de las personas de color al tiempo que se silencian las necesidades, perspectivas, intereses y vulnerabilidades de los otros animales.

Randy Malamud analiza cómo los medios refuerzan la posición privilegiada desde la que el humano edita, enmarca, mercantiliza y reduce a otros animales, por ejemplo, a través de la frase “ningún animal sufrió daño durante el rodaje”. A través de estrategias como ésta, los humanos construimos un punto de vista omnisciente y cómodo, desde el que no nos observamos ni nos cuestionamos a nosotros mismos en nuestra relación con otros animales. En el capítulo undécimo, Carrie P. Freeman se pregunta cómo los medios estadounidenses representan los intereses de los animales de granja. ¿Hasta qué punto refuerzan el especismo e ignoran perspectivas éticas?, ¿cómo y en qué medida estas representaciones revelan posibilidades de cambio? El último texto de la segunda sección, a cargo de Erika Cudworth y Tracey Jensen, valora la intersección entre clase y especie a través del análisis de *Puppy love*, un programa de la BBC que nos invita a reflexionar sobre nuestros compañeros animales y sobre nuestra propia humanidad.

La tercera sección, cuyo objetivo es eminentemente práctico, está dedicada a la responsabilidad de los medios. Lidia con la posibilidad de que éstos sean más críticos y transformadores, de que produzcan valores y normas culturales que alteren nuestra relación con los animales no humanos. Carrie P. Freeman y Debora Meskin inauguran la sección ofreciendo una guía de estilo para que los profesionales de la comunicación puedan representar respetuosamente a los animales no humanos. Ofrecen, entre otras recomendaciones, un vocabulario ético con el que ser justo y honesto con aquellos que no tienen voz.

En el capítulo decimocuarto, Loredana Loy explora las posibilidades que ofrece el cine para defender la causa animalista y también el modo en que se ha aprovechado esta oportunidad. Después, Jerold D. Friedman explica el proceso por el cual él mismo y la organización VivaUSA denunciaron a varias compañías, entre ellas Adidas, por vender zapatos hechos con piel ilegal de canguro. A partir de su experiencia, ofrece algunas lecciones para que los activistas maximicen la cobertura mediática de sus campañas. Y en el último capítulo de la sección, Tobias Linné propone construir una pedagogía crítica que lleve a los estudiantes a reconsiderar y desafiar la ideología del supremacismo humano. Para ello propone articular visiones prácticas y estrategias educativas que den el paso del cuestionamiento de la representación al cuestionamiento de las condiciones de vida de los animales no humanos.

La aspiración última de la obra es modificar el comportamiento de los medios y la percepción que tenemos de ellos. Si se tiene en cuenta que el poder fundamental de estas instituciones mediáticas es precisamente determinar el comportamiento y las percepciones de la población, podemos entender la magnitud de la tarea. Y al tomar nota del poder al que se pretende hacer frente, el pesimismo latente en el texto resulta inevitable. A pesar de ello, no puede decirse que la dificultad lleve a los autores a la resignación.

Es destacable, por ejemplo, que cada capítulo comience con un hecho cotidiano con el que se liga el tema concreto a tratar con nuestras vidas diarias. Esto hace que la lectura suponga un desafío y un cuestionamiento de nuestra praxis, a menudo pasiva y complaciente con la reproducción del especismo en los medios de comunicación. La vocación transformadora del texto también se aprecia tras los dieciséis capítulos, en las páginas en las que Carrie P. Freeman presenta las lecciones que ella misma extrae del texto. El coeditor ofrece aquí sus recomendaciones para que activistas, periodistas, productores audiovisuales y docentes universitarios aplique la crítica no especista de los medios en sus respectivas áreas de influencia. Y por último, es de celebrar también que la obra incluya un apartado final de cuestiones y actividades para articular debates sobre cada capítulo, lo cual aumenta el valor del libro como herramienta docente.

Rubén MARCIEL PARIENTE
Universitat Pompeu Fabra